

menos de tender á dominar, y lo que ahora perseguía, con sus manifestaciones de adhesión á la República, era ganarse al pueblo y separarle de la corriente revolucionaria. En cambio, todo lo que el Ministro hizo en la enseñanza representa un importantísimo progreso, que habrá de continuar y acabar la tercera República.

Elemento poderoso de la instrucción pública son las Bellas Artes, cuya dirección confió Ledru-Rollin al pintor Jeannot, que prestó meritisimos servicios formando el inventario general y reorganizando los Museos, con lo que reaparecieron á la luz multitud de joyas artísticas que yacían como enterradas y perdidas. Por el orden y la clasificación de sus admirables colecciones, el Museo del Louvre fué renovado y como fundado de nuevo.

En Justicia, Cremieux llevó á cabo mejoras informadas en sentimientos humanitarios. Sustituyó á la simple mayoría, en las sentencias condenatorias del Jurado, la mayoría de nueve votos, ó sea, las tres cuartas partes de los jurados; abolió la pena de argolla, y encargó á una comisión el trabajo de preparar un plan de organización de la judicatura para presentarlo á la Asamblea. Notóse en el Ministerio de Justicia, desde el veinticuatro de Febrero, notable disminución en la cifra de los delitos, efecto de las pasiones y preocupaciones políticas, que apartan de los apetitos egoístas, móviles del crimen.

No podemos contar las mismas excelencias del Ministerio de Trabajos públicos. La Comisión del Luxemburgo iba de mal en peor. Luis Blanc había empezado por convocar delegados de los obreros de los varios oficios, para oír sus peticiones más urgentes y «preparar la solución á las cuestiones relativas al trabajo». Concurrieron doscientos; pidieron las reformas que más les interesaban, como reducción de las horas de trabajo; la Comisión las trasladó al gobierno, y éste las convirtió en decretos, pero sólo como señal de benevolencia, no para que se aplicasen. Privada de los medios prácticos de acción, la Comisión se trocó en una especie de Ateneo, en centro de discusiones, al que concurrieron, convocados por Blanc, economistas de las diferentes escuelas. El diez de Marzo se celebró en ella una reunión general de delegados de los obreros; el diez y siete del propio mes, una reunión de delegados de los patronos, que pronunciaron discursos conciliadores, y el veinte, se creó una Comisión mixta de diez obreros y diez patronos, con adición de algunos economistas, la cual publicó «la Exposición general de la Comisión», plan de reformas sociales redactado por Vidal y Pecqueur. Se ensayó organizar un arbitraje entre patronos y obreros; se trató hasta de fundar asociaciones de producción entre obreros, sin que se lograra otra cosa que reunir á los sastres sin trabajo en la cárcel por deudas de Clichy, vacía á la sazón, para hacer los uniformes de los guardias nacionales por cuenta del Estado. «La Comisión de Gobierno para los trabajadores» vino á parar en una Junta de obreros, «Comité central de los delegados del Luxemburgo»,

que Luis Blanc creó el veintiocho de Marzo, para preparar las elecciones, y que fué uno de los órganos directores de los obreros descontentos.

No corrieron mejor suerte los *talleres nacionales*, creados para dar ocupación á los centenares de obreros de París, donde la revolución había hecho cerrar la mayor parte de las fábricas. Luis Blanc se proponía emplear á cada uno según su oficio, en verdaderos talleres de producción, subvencionados por el Estado. El gobierno lo dispuso de otra manera, dando á los obreros por todo trabajo la nivelación del suelo de París. Su director, un tal Thomas, alumno de la Escuela central, los organizó militarmente en *escuadrones* de diez hombres, *brigadas* de cinco *escuadrones*, *lugartenencias* de cuatro *brigadas*, *compañías* de cuatro *lugartenencias*. El salario fué de dos francos diarios el obrero, dos francos cincuenta céntimos el jefe de escuadrón, tres el brigadier. A poco se acabó el trabajo útil, al paso que el número de obreros aumentó, de veinticinco mil el diez y seis de Marzo, á sesenta y seis mil el diez y seis de Abril, á cien mil en Mayo. Se redujo el trabajo de cada uno á dos jornadas por semana, dándoles los demás días un salario de inactividad de un franco, y se los envió al Campo de Marte á remover tierra. Por estos trámites se formó una masa de descontentos, reducidos casi á la indigencia, que pasaban los días en discutir y escuchar la propaganda socialista.

No perdió Luis Blanc, por este fracaso, la fe en su teoría, consistente en sustituir á la concurrencia la asociación universal. Producir según sus fuerzas, consumir según sus necesidades, era su ideal; pero, convencido de que no se podía llegar á realizarlo de un salto, adoptó como fórmula de transición la igualdad de los salarios. Tampoco esto era realizable, y por ello los economistas le combatieron sin descanso. El antiguo sansimoniano, Miguel Chevalier, convertido á la sazón al criterio liberal, sostenía la asociación libre del capital y el trabajo; el profesor Wolowski entendía que «la asociación universal y obligatoria era el absolutismo monárquico transportado al dominio del trabajo», y Federico Bastiat, director del *Diario de los Economistas*, atacaba juntamente el comunismo y el proteccionismo, como enemigos ambos del derecho individual. Hasta los jefes de la democracia más adelantada, Lamennais y Buchez, sostuvieron resueltamente, en los periódicos que dirigían, la causa de la libertad individual, á la que prestó también su concurso *El Taller*, redactado por los obreros. La escuela furierista, por su órgano Victor Considerant, sostuvo la correcta fórmula de «asociación del capital, el trabajo y la renta», y el mismo Prudhón, en su periódico *El Representante del Pueblo*, tachaba de quiméricas las concepciones de los demás socialistas, siendo «su solución del problema social» la única verdadera.

La fermentación, en vez de calmarse, iba creciendo. Multitud de nuevos periódicos brotaban de todas partes y rivalizaban en exageraciones y escándalo. Los revolucionarios acusaban al gobierno de «molicie é inacción»; los reaccionarios, de tiranía. Había en

París nada menos que trescientos clubs, que eran otros tantos focos de conspiración contra el orden social y político. De los avanzados, los más turbulentos eran el del comunista Cabet y el del eterno conspirador Blanqui. No les iban á la zaga en violencia los clubs monárquicos, que vertían su inquina contra el gobierno provisional y la república en su diario la «Asamblea nacional». De otro lado, empezaban á agitarse los partidarios de Luis Bonaparte, encomiando entre el pueblo el libro que había escrito durante su cautiverio en Ham, acerca de la «Extinción del pauperismo». Entre tantos elementos de desorden, nada tan fácil como provocar una manifestación. No fué de las menos importantes la del diez y seis de Abril.

Disgustado del gobierno por el abandono en que tenía los talleres nacionales, el «Comité central de los delegados del Luxemburgo» que acababa de crear Blanc, proyectó convocar á los obreros para ir en masa al *Hotel de Ville*, á pedir al gobierno provisional «la república democrática, la abolición de la explotación del hombre por el hombre y la organización del trabajo por asociación». No todos los directores del movimiento pensaban de la misma manera. Luis Blanc quería *empujar*, no derribar á sus colegas; el prefecto de policía, Caussidiere, tendía á barrer la parte moderada del ministerio; Blanqui conspiraba en provecho propio, para realizar su perpetuo sueño de dictador. Empezó el movimiento el domingo diez y seis por la mañana, reuniéndose en el Campo de Marte, antes de las doce, de treinta á cuarenta mil hombres, con banderas y divisas poco tranquilizadoras. El resultado de la jornada dependía de lo que hiciese Ledru-Rollin, único capaz de imprimir unidad de dirección á todas aquellas fuerzas discordantes. Interpelado por su amigo Carteret, Ledru-Rollin no vaciló: se fué al ministerio de Negocios extranjeros á tratar del asunto con Lamartine, y ambos convinieron en que el primero llamase á las armas á la guardia nacional y el segundo se pondría á la cabeza de algunos batallones de la guardia móvil. Cien mil bayonetas rodeaban el *Hotel de Ville* cuando llegaron los manifestantes, que fueron recibidos al grito «¡Abajo los comunistas!» No les dispensó mejor acogida el gobierno, y se retiraron silenciosos, desfilando por entre dos hileras de guardias nacionales. Efectuóse luego el inmenso desfile de la guardia nacional, que duró hasta las once de la noche, en medio de repetidos vivas al gobierno provisional. Evidentemente, el pueblo de París no era comunista.

El veinte de Abril, celebró el gobierno el acto de distribuir solemnemente las nuevas banderas á la guardia nacional y al ejército, y con este motivo cuatrocientos mil hombres armados desfilaban ordenadamente por delante del Arco de Triunfo de la Estrella: grandioso espectáculo, cuyo relato impresionó á Francia y al extranjero.

Se estaba en pleno movimiento electoral, cuya intensidad iba creciendo á medida que se acercaba el veintitrés de Abril. En medio de la variedad de tendencias y no obstante los choques ocurridos, flotaban todavía en las almas sentimientos de concordia. La palabra

república estaba en labios de todos, declarando aceptarla hasta los obispos, sacerdotes y monjes. Las elecciones se efectuaron en la capital tranquilamente, resultando elegido con mayor número de votos, doscientos veinte mil, Lamartine. En los departamentos fué también sosegada la elección, sin más excepciones que Limoges y Rouen, donde estallaron tumultos durante el escrutinio. Lamartine fué elegido en diez departamentos por un millón seiscientos mil votos. Los elegidos eran en su mayor parte gente nueva y de opinión republicana.

El veintisiete de Abril, mientras se efectuaba el escrutinio, el gobierno provisional puso digno remate á sus decretos proclamando la abolición de la esclavitud en todas las colonias francesas, incluso la de Argelia.

El cuatro de Mayo de mil ochocientos cuarenta y ocho, inauguró sus sesiones la Asamblea nacional de los novecientos, elegidos por sufragio universal, en el palacio de la antigua Cámara de diputados, con un inmenso grito de «¡Viva la república!» El gobierno provisional, por órgano de su presidente Dupont de l'Eure, depositó sus poderes en manos de la Asamblea, que renovó, con aclamaciones cien veces repetidas, la proclamación de la república, y volvió á proclamarla, en el peristilo del palacio, delante del pueblo, la guardia nacional y el ejército. Fué aquél un espectáculo imponente. Dos días después, el seis de Mayo, Lamartine, en nombre del presidente Dupont de l'Eure, dió cuenta á la Asamblea de los actos del gobierno provisional, y á continuación cada ministro expuso el cuadro de su particular gestión. El ocho de Mayo, á propuesta del republicano Dornés, la Asamblea declaró casi por unanimidad que el gobierno provisional había merecido bien de la patria, é inmediatamente procedió á deliberar acerca de la organización que se daría al poder ejecutivo, acordándose, tras larga discusión, conferir dicho poder á una comisión de cinco individuos, la cual nombraría á los ministros. Fueron elegidos de la comisión Arago, Garnier-Pages, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin.

En este punto acaba la revolución de Febrero, acerca de la cual merece consignarse el juicio de Foucher, á quien no puede tacharse de parcialidad. «La revolución de Febrero ha sido pacífica. La sociedad, un instante conmovida en sus cimientos, ha recobrado en seguida el sentimiento de su fuerza y no se ha desviado de sus inmortales destinos. Los mismos combatientes, hay que decirlo en gloria suya, aun en la exaltación del triunfo, han reprimido el desorden, y ninguna revolución ha escapado tan pronto á las agitaciones inseparables de toda conmoción popular. Ninguna tampoco ha creado, en el mismo plazo, un estado de cosas más regular, ni ha consagrado tan liberalmente todos los derechos, sin renunciar á las garantías esenciales de todo gobierno representativo. Revolución que ha hecho tan grandes cosas, bien merece guardarse en la memoria y ser objeto de la gratitud de los pueblos.»